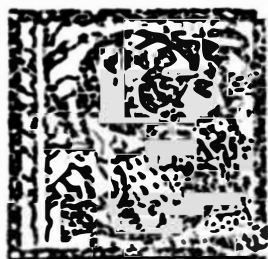


José M. Corredor

## La vida sombría de Federico Nietzsche

«Los filósofos que han especulado sobre la significación de la vida y el destino del hombre no se han dado suficientemente cuenta de que la propia naturaleza se ha cuidado de informarnos sobre el particular. Ella nos advierte con un signo preciso que nuestro destino ha sido alcanzado. Este signo ha sido la alegría. La alegría anuncia siempre que la vida ha triunfado, que ha conseguido una victoria: toda gran alegría tiene un carácter triunfal.—BERGSON.



CON numerosos los artículos e incluso los libros referentes a Federico Nietzsche, publicados en Francia después de la Liberación. Ha habido quizás un acuerdo tácito entre diferentes escritores: el de rehabilitar el creador de «Zaratustra», después del uso indecoroso que la propaganda nazi hizo algunas veces de su nombre y de su obra. Hubiera sido una lástima, en efecto, que bajo la

condena moral que merecen las teorías y las prácticas del nacional-socialismo, hubiese también sucumbido aquel espíritu rebelde, que supo darnos en sus libros tantos y tantos atisbos geniales.

Un hombre como el solitario de la Engadina, destructor más que constructor, se presta a toda clase de interpretaciones; basta para ello epilogar algunas frases estridentes de su obra, y utilizarlas como bandera de combate para cualquier propaganda. Y en el repertorio nietzscheano, de un escritor que, no obstante sus deseos, no llegó nunca a formular un contenido doctrinal, hay frases para todos los gustos y para las propagandas más diametralmente opuestas.

Es imposible predecir cuáles hubieran sido las reacciones actuales de un hombre desaparecido hace más de medio siglo. Y mucho más de un hombre que no siguió una trayectoria con perfiles claramente definidos. Lo que es seguro de él, por lo que de él conocemos, es que un gran movimiento de masas como el nazismo no le hubiera inspirado más que asco y repugnancia. «El imperio alemán asfixia el espíritu alemán», escribía Nietzsche poco después de Sedán, cuando el II Reich estaba en pleno florecimiento y la organización estatal germana era la más perfecta de las entonces conocidas.

De haber vivido en los últimos decenios, quizás nadie hubiera vituperado tanto como él el endiosamiento del Estado—uno de los sedimentos básicos del hitlerismo, y no sólo del hitlerismo—, por todo lo que el estatismo tiene de asfixiante para la iniciativa personal

y de ruinoso para los «valores vitales». Cuando en 1870 empezaba a precisarse la amenaza de un conflicto franco-prusiano, Nietzsche decía: «Nada de guerras; el Estado se convertiría en demasiado fuertes». Y algún tiempo después propugnaba un «anacoretismo moderno», ante «la imposibilidad de vivir de acuerdo con el Estado».

Nutrido de substancia europea, el pensador errabundo previó la pasión y la agonía de Europa, cuando todos los continentales entonaban cantos ditirámicos y beatíficos. En 1887 escribía: «¡Un poco de aire puro! Es preciso que este absurdo estado de Europa no continúe por más tiempo. ¿Hay algún pensamiento detrás de este nacionalismo de toro rabioso? Actualmente que todo se orienta hacia más amplios intereses comunes, ¿a qué viene excitar estos egoísmos sarnosos? Y esto en el momento en que la caducidad de los nacionalismos salta a la vista, en que todo el valor, todo el sentido de la civilización presente conduce hacia una fusión, hacia la constitución de un conjunto en que los elementos separados se fecunden los unos a los otros». ¿Quién utilizaba este lenguaje, tan dramáticamente actual, en aquel último tercio de un siglo confiado y progresista?

Antes que ninguno de sus contemporáneos, Nietzsche comprendió que el triunfo de la civilización técnica e industrializada llevaría aparejado cataclismos de una magnitud insospechada. El predijo que el siglo XX sería de nuevo «la era clásica de la guerra», cuando

todo el mundo hablaba del «siglo futuro» con aires de confiada beatería.

Aquel solitario enfermizo, desconocido, que debía terminar sus días en pleno delirio mental, vivió también, en realidad, «con los hombres y para los hombres». Como él mismo decía: «Haber comido en todos los rincones del alma moderna; mi nobleza, mi orgullo, mi alegría». Y el «alma moderna» se dió cuenta más tarde que los aforismos delirantes, despreciados en vida del escritor, reflejaban también su propios caos, sus propios tormentos, sus propias incertidumbres.

Nietzsche fué el profeta y el arcángel de nuestras tinieblas actuales.

\* \* \*

[Pobre Nietzsche! Que vida más sobria la suya! Y en ninguna obra su itinerario vital se describe con una mayor precisión y una mayor crudeza, que en la reciente biografía de Daniel Halévy (1). El autor de este libro había sido, en 1892, el primer traductor francés del escritor germano: en 1909 publicó una «Vie de Frédéric Nietzsche», y casi cincuenta años más tarde nos da una nueva biografía, extensa y completísima, fruto de largas meditaciones, de largos años de investigación y consulta.

«Yo soy un mensajero de alegría», había dicho Nietzsche. Quiso serlo, por lo menos lo intentó. Lu-

---

(1) «Nietzsche», Daniel Halévy, Ed. Bernardo Grasset. París.

chando contra todos los desengaños y contra terribles sufrimientos físicos, el «fugitivus errans» se esforzó siempre para remozar y prestigiar lo que él llamaba «valores vitales», muchas confusiones y muchas exageraciones acompañaron «la transvaluación de todos los valores», varias veces intentada y nunca terminada; lo que sí es cierto es que el «himno a la vida» alentó siempre en la obra nietzscheana, no obstante el verdadero calvario que tuvo que recorrer su autor.

«Ningún dolor ha podido ni podrá inducirme nunca a dar un falso testimonio sobre la vida». Sobre «la vida», no; pero sobre su vida, en cambio, sobre su propia vida, condenada a torturas y a sufrimientos interminables, ¡cuántos testimonios desoladores no nos revelan sus cartas, sus carnets de notas, sus confesiones íntimas, cuando se las examina lenta y meticulosamente!

Para empezar, una triste herencia paterna; su padre, a los treinta años, ve su vida truncada a causa de violentos dolores cerebrales, para morir cinco años más tarde. «¡El padre ha muerto!», escribió Nietzsche siendo niño, y siendo hombre, «¡Dios ha muerto!», durante toda su vida sintió el mundo temblar bajo sus pies, y la ausencia de una «paternidad» benévola y protectora.

La inquietud le es consubstancial desde la niñez y la adolescencia; cuando era aún un colegial, un verso de Lord Byron le impresionó profundamente: «The tree of knowledge is not that of life», nunca más debía olvidarlo. Oigámosle a sus dieciocho años: «¿Qué

es, pues, la humanidad? No lo sabemos apenas... ¿El hombre es otra cosa que una piedra evolucionada a través de las formas intermedias de las floras y de las faunas? ¿Es ya en el presente un ser acabado? ¿Qué le reserva la historia? ¿Este cambio eterno no tendrá fin? ¿Cuáles son los resortes de esta gran máquina de relojería?

Los resortes están ocultos, pero por larga que sea la duración de la gran hora que llamamos historia, a cada momento son los mismos. Las peripecias están inscritas en el cuadrante, en donde progresa la aguja, y cuando ésta ha traspasado la duodécima hora, una serie recommienza. Entonces se abre un período en la historia de la humanidad.

Arriesgarse, sin guía ni compás, en el océano de la duda, es perdición y locura para un joven cerebro. La mayoría caen aniquilados por la tormenta; pequeño es el número de los que descubren regiones ignotas...

... Yo he probado negar; ¡ah! Destruir es fácil, ¡pero construir!

Todo el Nietzsche futuro se encuentra ya en embrión en estas palabras; su crisis religiosa ha empezado ya, y se perpetuará, sin tregua ni cuartel. Toda su vida querrá «construir», sin conseguirlo, sin poder alcanzarlo. Las etapas de serenidad serán muy pocas, no obstante el ambicioso proyecto juvenil: «Yo devolveré la serenidad a los hombres, que es la condición de toda cultura». A los 19 años tuvo ya una tremenda crisis, con dolores de cabeza, de ojos, vómitos, insomnios,

etc. Acababa entorces de salir del colegio de Pforta; sus años de estudiante en Bonn y en Leipzig—en donde adquirió una sólida formación de filología clásica—fueron relativamente apacibles, lo mismo que sus primeros tiempos de profesor en la Universidad suiza de Basilea. En esta época, joven y brillante «magister», ha conocido ya dos grandes influencias: Schopenhauer y Wagner; el pesimismo lúcido y el arte liberador.

Es sabido que su amistad con el autor de la «Tetralogía» terminó violentamente; «Wagner es un glorificador del pasado, pero no un profeta del porvenir», dijo Nietzsche. Y él aspiró siempre a convertirse en «el profeta del porvenir...» Además, escéptico sobre el valor absoluto del racionalismo y del positivismo, Nietzsche creyó algún tiempo encontrar en el arte, en la música, el camino «del absoluto»; más tarde llegó a la conclusión que era sólo «una etapa de reposo», para que «el luchador» pudiera reponer sus fuerzas en vistas a nuevos combates... Si su ruptura violenta con el gran músico alemán fué motivada en parte por un secreto amor hacia Cósima Wagner, es difícil precisar; el célebre billete «Ariana, te quiero», enviado a Cosima por un Nietzsche casi demente, dió lugar más tarde a toda clase de suposiciones y divagaciones.

A los 27 años la enfermedad—ante la cual los médicos quedaban desorientados—se hizo más aguda, más persistente. Un permiso de algunos meses le fué concedido por las autoridades universitarias. Tres años más tarde, la salud del autor de «El Origen de la

Tragedia» — libro que entonces pasó inadvertido, lo mismo que los subsiguientes — había empeorado considerablemente. Nuevos permisos; primeros viajes hacia el Mediodía, y descubrimiento de la luminosidad mediterránea, tan estimulante para su espíritu como pernicioso para sus ojos enfermos. Y a los 35 años, ruina definitiva de la salud; «incipit tragædia»: La Universidad le concede una pensión vitalicia, y Nietzsche empieza a ser el «fugitivus errans», «el enfermo sin hogar», que durante diez años arrastrará su calvario por casas de huéspedes y sórdidas pensiones, hasta que en enero de 1889 estallará la crisis final; la demencia completa protegerá y tal vez endulzará sus últimos pasos.

\* \* \*

Y durante este largo calvario, ¡cuántas horas sombrías e interminables! El espíritu ambicioso triunfa a veces: ¡«Cómo me siento rico y creador de alegría, a pesar de mi dolor!»; pero en otras el cuerpo triturado y deshecho sucumbe a la tentación. Nietzsche, que decía poseer «sangre de Hamlet» en sus venas, intentó suicidarse repetidas veces; su organismo, sin embargo, aunque debilitado, resistió a dosis enormes de cloral.

Lo admirable en él fué la fuerza, casi diríamos la violencia creadora; sus mejores libros, tan discutidos — aunque reconocidos unánimemente como maravillas literarias —, fueron escritos durante estos años de peregrinación solitaria y desesperada: «Auroras», «La



Gaya Scienza», «Así hablaba Zaratustra», «Más allá del bien y del mal», «Genealogía de la Moral», etc. Las notas del gran libro proyectado, del gran libro «afirmativo», cuidadosamente reunidas, se publicaron más tarde bajo el título de «La voluntad de poderío».

Este ensayo de «transvaluación de todos los valores» es incompleto, fragmentario y desorientador. ¿De qué poderío se trata? Schopenhauer había llegado a una conclusión desalentadora; que en el mundo sólo existe una ciega «voluntad de vivir». Nietzsche, embebido de nihilismo schopenhaueriano desde su adolescencia, quiso superarlo; no sólo «voluntad de vivir», sino algo más: «voluntad de poder»... ¿Cuál es este poder? ¿El del «animal de rapiña», como se vió reducida años más tarde la «condición humana» en manos de Spengler? ¿O el poder del espíritu creador, que, como Zaratustra, «quiere guerrear contra los hombres para luego saber bendecirlos?»

\* \* \*

Silüeta trágica y enigmática la de Nietzsche. Si, como dice Bergson, «la alegría anuncia siempre que la vida ha triunfado», el «mensajero de alegría» fué sólo un eterno «aspirante»—como él mismo se denominaba—; un fracasado genial. El mismo se dió cuenta de su pasión y muerte en esta tierra, para la cual exigía la fidelidad y el «amor fati». En las postrimerías de su lucidez, solitario y desconocido de todos, escribía:

«Semi-vivientes que me rodeáis, y que me encerráis en una soledad subterránea, en el mutismo y el frío de la tumba; vosotros que me condenáis a llevar una vida que más valdría llamar una muerte, un día volveréis a verme. Muerto, yo tendré mi desquite; nosotros sabemos volver, incluso póstumos. Es uno de nuestros secretos. Yo volveré con vida, ¡y de qué manera!».

Volvió, con sus tinieblas y con sus ansias de salvación. Europa, perdida la euforia y el optimismo, reproduce hoy su itinerario; el de una lucha trágica entre la lenta agonía y «el mensaje inmortal de la humana esperanza».

Montpellier, febrero 1947.